

**El silencio, dictadura cívico – militar argentina. A 46 años  
del golpe genocida de 1976.**

*Sofía Villegas Paoloski*

*Valentina Dominguez*

*Iara Maskin*

*Sofia Radrizzani*

*Abril Wainer*

En 1975, poco antes del golpe militar que transformó a la Argentina en un Estado gobernado y dominado por el terror, colgaba del obelisco un cartel que señalaba y ordenaba: *“el silencio es salud”*. Si bien era el slogan de una campaña contra los ruidos molestos en la ciudad porteña, pronto la frase tomaría un carácter intimidatorio y se transformaría en una amenaza disimulada de las consecuencias mortales que *la toma de la palabra* podía provocar.

La frase “el silencio es salud” formaba parte y sintetizaba un proyecto que tenía como objetivo amordazar a la sociedad y disciplinarla mediante el terror.

Por lo tanto, a 46 años del golpe genocida de 1976, en este discurso queremos reflexionar sobre los vínculos entre silencio, terror y resistencia. Para ello nos preguntamos:

- *¿Qué papel cumplió el silencio en la propagación del terror?*
- *¿Cómo entender este silencio, tan interiorizado?*
- *¿Cuáles fueron sus efectos?*
- *Y por último, qué voces desafiaron el poder monofónico de la dictadura.*

El 24 de marzo de 1976 Argentina pasó a estar bajo el oscuro poder del Proceso de Reorganización Nacional. Éste proponía establecer “orden” en la sociedad y proteger los valores occidentales y cristianos. Por medio de la implementación de un sistema de represión clandestina, las personas que amenazaban ese orden eran asesinadas y sus cuerpos sustraídos de la sociedad. Hubo incontables desaparecidos, miles de torturados y decenas de huérfanos. La demencia homicida y tirana asaltó el Estado.

El "Proceso" se pensó a sí mismo como llevando a cabo una guerra. Una guerra que no era concebida como limpia: no tenía un

campo de batalla definido, métodos convencionales o un enemigo claro y establecido. Por el contrario, esta era una guerra sucia, requería el uso de métodos drásticos y no tradicionales en contra de un enemigo no convencional y ambiguo, el denominado subversivo, la represión a terrenos ilimitados era justificada.

Videla consideraba que un Terrorista no es sólo aquel que utiliza un arma o una bomba, sino también quien propaga ideas que no coinciden con los valores de la civilización occidental y cristiana. Aunque él lo haya considerado así, no fue una lucha de iguales: eran instituciones como las fuerzas armadas, los medios de comunicación y la iglesia contra la gente. No fue una guerra, fue un genocidio. No fueron excesos, fue terrorismo de Estado

La circulación de información extra-oficial y los rumores de la guerra, las omisiones y silencio de las autoridades, los reportes diarios sobre ejecuciones, los secuestros y los ataques violentos a plena luz del día y en lugares públicos, como así también la presencia continua de las fuerzas militares y policiales en las calles indujo y produjo una percepción de amenaza, temor, desconfianza y vulnerabilidad sin precedentes en la población argentina. Por esta razón, algunas personas optaron por mantener silencio y obedecer.

El miedo a expresar una opinión y terminar desaparecido, llamaba al silencio.

La desconfianza de expresar una opinión por si alguien te escuchaba y te delataba ante el poder, llamaba al silencio.

El miedo a las posibles consecuencias de expresar un desacuerdo público con el régimen, llamaba al silencio.

Los centros de detención clandestinos, verdaderas cajas de resonancia del poder, la persecución sistemática y la eliminación física del “enemigo”, llamaban al silencio

El terror generó el silencio y este posibilitó la aceptación pasiva de la versión oficial de los hechos según la decían los militares. La gente no encontraba razones suficientes para romper el silencio. Al contrario, “la razón de Estado” llamaba a enmudecer y obedecer:

*“Es un tiempo para el silencio”* dijo Videla.

Y el almirante Emilio Massera, con el brutal cinismo que lo caracterizó, completó: *“hay tiempos donde algunos deben hablar y otros deben permanecer callados, así podremos escuchar a las voces de los justos y al silencio de los pecadores”*

En un contexto donde todos podían ser pecadores, el silencio debía ser total. Es decir, los límites borrosos y clandestinos de la represión resultaron en una proliferación de enemigos y en una definición de la subversión extremadamente ambigua y laxa. La condición de subversivo podía ser aplicada a cualquiera y en cualquier lugar.

Gran parte de la sociedad recurrió a estrategias de autoprotección reflejadas en mecanismo de autocensura o en expresiones de desconfianza como “no te metas” o “algo habrán hecho”. Asimismo era habitual la puesta en marcha de mecanismos de negación e ignorancia.

Pero mientras unos callaban por temor, otros callaban por complicidad con el régimen, al mismo tiempo que susurraban en los oídos de los desaparecidos los nombres de las personas a desaparecer.

La cúpula eclesiástica, los grandes grupos económicos, los partidos políticos tradicionales y la prensa hegemónica, no solo fueron cómplices de la última dictadura sino que resultaron partícipes necesarios de la violencia y el terror desplegados sobre la

sociedad. Fueron fundamentales para el cumplimiento y la obediencia del mandato de silencio impuesto desde el Estado.

Pero pronto en medio del silencio impuesto, otro espacio se abrió, el de la circulación silenciosa de las Madres de Plaza de Mayo, movimiento incesante, que rompía todos los jueves con el mandato de silencio mortífero. Las madres reclamaban saber dónde estaban sus hijos e hijas. En esa simple pregunta, interpelaban al Estado y a la sociedad para que hablen, para que den una respuesta. Este Movimiento llegó a ser un símbolo para el mundo entero, representando la necesidad de insistir, de mantener vivo y en movimiento un deseo de saber, agrietando de ese modo la creencia en un Poder absoluto que dispone de la vida de cada uno.

La búsqueda incesante de los restos de los desaparecidos y los nietos y nietas apropiados, nos sigue interpelando hasta el día de hoy. Nos obliga a alzar la voz frente a los discursos negacionistas y de odio, a enfrentarlos con aquellas historias que nos permiten comprender la realidad de los hechos y sus consecuencias. A seguir luchando por la memoria, la verdad y la justicia. Y a gritar con fuerza: son 30000 y están presentes.

Muchas Gracias!!!

